

MESA REDONDA FUNDAMENTOS EPISTEMOLÓGICOS

Habitualmente, cuando nos ocupamos de los fundamentos epistemológicos que sustentan los desarrollos psicoanalíticos, solemos decir, siguiendo a Chiozza, que en la obra freudiana se hallan implícitos dos modelos epistemológicos distintos.

Uno de ellos, afirma que psíquico y somático son dos existentes diversos, y que mientras que la materia es la realidad fundamental, lo psíquico es un subproducto, derivado del funcionamiento del cerebro. Para este modelo, la relación entre estos dos existentes es un misterio: "el misterioso salto de la mente al cuerpo", "el callejón sin salida del dualismo cartesiano". Como sostuve en otra oportunidad, esta imposibilidad, radica en que si partimos del supuesto de que existen sólo dos tipos de existentes, no podemos luego preguntarnos por un tercero: aquello que, no siendo ni psíquico ni somático, relaciona ambos existentes.

Al otro modelo epistemológico, aunque solemos considerarlo menos claramente delineado en la obra freudiana, le atribuimos los desarrollos más fecundos del psicoanálisis. Según este segundo modelo, psíquico y somático no son ya existentes en sí mismos sino distintas "categorías" que la conciencia del que observa, otorga a un único existente al que suponemos, en sí mismo, ni psíquico ni somático. Dado que psíquico y somático son distintas apariencias para un existente único, ya no necesitamos preguntarnos por "algo" que, más allá de la conciencia, los relacione; de este modo se evita el problema de "el misterioso salto de la mente al cuerpo". Solemos apoyar la presencia de este modelo epistemológico en los desarrollos de Freud, refiriéndonos, sobretodo, al segundo principio fundamental del psicoanálisis planteado por Freud en 1938.

Sin embargo, suele pasar desapercibido que el modelo propuesto por Chiozza en *la doble organización del conocimiento en la conciencia* y lo planteado por Freud en su *segundo principio fundamental*, son dos modelos distintos; excluyentes uno del otro.

Veámoslo mejor: Chiozza sostiene que psíquico y somático son sólo apariencias que toma aquello que, en sí mismo y más allá de mí, no es ni psíquico ni somático. Freud, en cambio, sostiene que aquello que llamamos somático es en sí, lo psíquico genuino; en otras palabras, somático es el modo en que se nos

presenta a la conciencia lo psíquico genuino cuando pierde su significación. Para uno, más allá de la conciencia, no hay ni psiquis ni soma; para el otro, más allá de la conciencia no hay soma, sino lo psíquico genuino.

Si bien creo que la diferencia entre estos dos modelos a los cuales solemos emparentar, es genuina, creo también que la contradicción es sólo aparente. Hoy me propongo explorar ambos modelos, en un intento de articularlos, dado que considero que ambos, en conjunto, constituyen el fundamento epistemológico del psicoanálisis.

Comenzaremos nuestro recorrido por el segundo principio fundamental del psicoanálisis. Como sostuve recientemente, en un trabajo dedicado al tema de la conciencia, el modelo epistemológico básico que sustenta el conocimiento psicoanalítico aparece a lo largo de toda la obra freudiana, explicitado en los principales artículos teóricos. Si bien es cierto que en el *Esquema de psicoanálisis* es donde aparece mejor explicado, no se trata de algo que aparece recién al final, en uno de sus últimos escritos.

En el mencionado artículo, Freud comienza explicando que *"hay general acuerdo en que estos procesos concientes no forman unas series sin lagunas, cerradas en sí mismas, de suerte que no habría otro expediente que adoptar el supuesto de unos procesos físicos o somáticos concomitantes de lo psíquico, a los que parece preciso atribuir una perfección mayor que a las series psíquicas, pues algunos de ellos tienen procesos concientes paralelos y otros no"*.

Dado que los procesos psíquicos concientes, suelen presentarse incoherentes, deshilachados, o sencillamente, aparecer y desaparecer, como durante el dormir, y dado que la epistemología concensual, considera a lo psíquico un epifenómeno de lo somático, la alternativa adoptada por la ciencia, es suponer la existencia de procesos físicos, somáticos, paralelos; concomitantes de lo psíquico. Desde esta postura, el sueño es sólo un epifenómeno de procesos neuronales ocurridos durante el dormir; una suerte de descargas neuronales erráticas. Igualmente, un acto fallido, será explicado por procesos físicos como el cansancio que debilita la atención y la voluntad consideradas, estas, como activaciones neuronales de la corteza cerebral.

Mientras la psicología adopte esta postura, quedará, como ciencia, subsumida a los desarrollos de otras ciencias, como la biología o la neurología, ya que su objeto de estudio, la conciencia o lo psíquico, es considerado un producto del objeto de estudio de las otras ciencias: el cerebro.

Sin embargo, otro es el camino adoptado por el psicoanálisis. En lugar de recurrir a la alternativa de *suponer* procesos somáticos concomitantes de los psíquicos, Freud se propone intentar comprender las discontinuidades de los procesos psíquicos (concientes) *suponiendo* que los procesos concomitantes no son somáticos sino también psíquicos, pero no concientes. En otras palabras, el

segundo principio fundamental del psicoanálisis es **suponer** un **inconciente psíquico** que determina los procesos psíquicos concientes. En palabras de Freud, *"tal es la argumentación que el psicoanálisis se ve obligado a adoptar, y este es su segundo supuesto fundamental. Declara que esos procesos concomitantes presuntamente somáticos son lo psíquico genuino, y para hacerlo prescindir al comienzo de la cualidad de la conciencia"*.

De este modo, *suponiendo* la existencia de procesos psíquicos inconcientes que determinen a los concientes, el psicoanálisis se independiza de las otras ciencias y también, de tener que dar cuenta de la relación mente cuerpo, ya que su objeto de estudio se halla por entero en el ámbito de lo psíquico; conciente e inconciente.

En lugar de explicar un sueño, un acto fallido o incluso un síntoma corporal, suponiendo procesos físicos paralelos que los determinan, el psicoanálisis supone que estos fenómenos están determinados por procesos psíquicos inconcientes, es decir, motivaciones inconcientes; afectos o deseos de los cuales la conciencia del sujeto, nada sabe.

Ser psicoanalista no es otra cosa que eso; compartir ese supuesto que es también una cosmovisión. Suponer una intención inconsciente detrás de cada fenómeno que se busque comprender mediante el psicoanálisis. Así, todo fenómeno inexplicable, en términos de fenómenos concientes, será explicado mediante la suposición de propósitos inconcientes. Este modelo puede extenderse, incluso, para comprender los fenómenos somáticos; aquellos que para la psicología de la conciencia, desde el dualismo positivista, eran la explicación de las lagunas psíquicas. Como vemos se trata de una inversión del planteo, en lugar de explicar lo psíquico conciente por lo somático, explicamos tanto lo psíquico conciente, como lo somático mismo, por lo psíquico inconsciente. Por eso afirma Chiozza, que la psicósomática no es otra cosa que el verdadero psicoanálisis.

Como se desprende de este principio fundamental, que también es un supuesto, el psiquismo conciente está **determinado** por el psiquismo inconsciente; es lo que Freud llama el *determinismo psíquico*. Renunciar a él, como sostiene Freud, sería como renunciar al segundo principio fundamental: nos quedaríamos sin psicoanálisis.

En otras palabras, si a las asociaciones del paciente no las suponemos determinadas por propósitos inconcientes, nada tenemos para hacer con él. También suponemos que todo aquello que dificulta nuestro trabajo es producto de una intención inconsciente: el propósito de oponerse o resistir, es decir una resistencia. Cuando un paciente llega tarde a su sesión tenemos dos posibilidades: Suponer que su demora se debe a una contingencia que nada significa (es la explicación somática de la psicología de la conciencia); o suponer que se debe a un propósito inconsciente. Si nos inclinamos por la primera opción nada tenemos para hacer; si nos inclinamos por la segunda, podremos empezar

a interpretar y ver qué sucede. Si esta suposición fuera del todo infundada, el psicoanálisis no hubiera mostrado el enorme progreso que tuvo en más de un siglo de existencia.

Sin embargo, la hipótesis del determinismo psíquico, sin la cual el psicoanálisis pierde su sustento, no está exenta de objeciones. El inconveniente más difícil de superar es que suponer que todo está determinado por motivaciones inconcientes implica atribuir al inconciente, o si se quiere al ello, el poder de la sabiduría universal.

No nos resulta incómodo suponer para el inconciente una sabiduría mucho mayor que la de la conciencia; incluso podemos atribuirle el saber heredado de todas las existencias yóicas del pasado, pero eso no basta para satisfacer las exigencias del determinismo. También debemos atribuirle el conocimiento del futuro. ¿Cómo podría saber de antemano, el paciente que llega tarde a sesión, que ese día y a esa hora, ocurriría un accidente en la misma calle por la que siempre viene a su sesión?

Otra vez se nos presenta la misma alternativa que vimos antes. Si suponemos una contingencia no determinada por motivaciones inconcientes no sólo no podremos interpretar una resistencia, sino que además, toda nuestra cosmovisión amenaza con desmoronarse. Si no todo está determinado, ¿cómo saber cuando interpretar y cuando no? Si, en cambio, nos aferramos al determinismo psíquico, debemos suponer, o bien que el inconciente del paciente provocó el accidente para llegar tarde a sesión, o bien que su inconciente sabía lo que ocurriría, y por lo tanto el futuro ya está escrito. Ambas suposiciones exigen un crédito de fe demasiado grande.

Como vemos, este inconveniente, es el mismo inconveniente que presenta su par filosófico, el determinismo a secas. La filosofía nunca ha podido resolverse entre el determinismo y su contrario, el libre albedrío, ya que cada una de estas posturas, separada de la otra, es insuficiente para dar cuenta, por sí sola, de la complejidad de las cosas. Hace algunos años me ocupé de este mismo problema expresado en otras representaciones.

Estudiando los conceptos de resistencia y represión y el parangón que hace Chiozza entre resistencia y malentendido, supuse que así como Freud plantea la existencia de una represión secundaria, propiamente dicha, y una represión primordial, podríamos diferenciar también, entre un malentendido secundario y un malentendido primario.

De estos dos, sostenía siguiendo a Freud, sólo el malentendido secundario obedece a una intención inconciente, desalojada de la conciencia; el malentendido primario, en cambio, obedece a un límite en la capacidad de conocer; a la diferencia que siempre existe entre el mapa que somos capaces de construir y el territorio por el cual deberemos transitar.

Es cierto que muchas veces las motivaciones inconcientes nos llevan a deformar ese mapa de las cosas y hacerlo coincidir con nuestros afectos, nuestros deseos o nuestros temores inconcientes. Pero también es cierto que independientemente de toda motivación inconciente, existe un límite en la capacidad de conocer las cosas y por lo tanto siempre existirán diferencias entre el territorio y el mapa construido.

Como vemos, con estos desarrollos que aquí sólo puedo reseñar brevemente, nos acercamos al modelo epistemológico propuesto por Chiozza en la *doble organización del conocimiento en la conciencia del observador*. Si existe un límite en la capacidad de conocer, el conocimiento en la conciencia difiere con el verdadero ser de las cosas. En otras palabras, las cosas no son como cada uno de nosotros las ve, dado que nuestra condición de seres humanos, dotados de una capacidad visual encuadrada dentro de ciertos límites, sólo nos permite ver de las cosas, por ejemplo, los aspectos visuales susceptibles de ser observados dentro de esos mismos límites.

Cómo son las cosas más allá de esos límites, es decir, más allá de mí, o mejor dicho: cómo son las cosas en sí mismas, no lo sabemos. Por eso decimos, en una postura que se asemeja al *idealismo trascendental* de Kant, que la cosa, para nosotros, es *incognoscible* en sí; y consideramos a nuestro conocimiento de la cosa, sólo un mapa; una apariencia.

Por eso afirma Chiozza, que psíquico y somático son sólo categorías que ofrece la conciencia para dar cuenta de un existente que, en sí, no es ni psíquico ni somático. En otras palabras, psíquico y somático son dos mapas distintos, o dos maneras de cartografiar un territorio cuya complejidad, supera nuestra capacidad de conocer.

Como ya expresaba en el mencionado trabajo sobre el malentendido, debemos, como psicoanalistas, partir siempre del supuesto de que existe un malentendido secundario que debemos deshacer, devolviéndole a la conciencia del paciente aquello que había sido desalojado. Pero nuestra tarea no se limita a restituir, sino que el análisis es también un método que le permite al paciente progresar. Y así como el síntoma está determinado por una motivación inconciente reprimida, un malentendido secundario, este a su vez se genera por un malentendido primario que deberemos deshacer. Así nuestra conquista es doble: no sólo llenamos las lagunas mnémicas del recuerdo, sino que hacemos que, como las tierras ganadas al mar, el yo vaya conquistando los distritos del ello.

Así como malentendido secundario y malentendido primario se complementan haciéndose uno inseparable del otro, también se complementan nuestros dos modelos epistemológicos. Del mismo modo que consideramos al primer principio fundamental del psicoanálisis, el "aparato psíquico extenso", sólo una suposición operativa, damos al segundo principio el valor de un **supuesto**; tal cual lo explicita Freud. No se trata de una aseveración acerca del genuino ser de las cosas (el término hipótesis es de López Bellesteros). Es, como el supuesto de un

malentendido secundario, un principio "operativo", práctico; un principio o punto de partida que nos permite explorar psíquicamente las cosas, más allá de las apariencias concientes.

En última instancia, según creemos, las cosas serán siempre más complejas de lo que nuestra mirada puede abarcar; por eso decimos que con el psicoanálisis, exploramos psíquicamente, una realidad compleja que admite, también otras lecturas.

Si el segundo principio fundamental del psicoanálisis es, como supuesto, un punto de partida, la doble organización del conocimiento en la conciencia es, como punto de llegada, una oscura intuición de que la complejidad de las cosas va siempre más allá de lo que podemos abarcar con nuestra mirada.